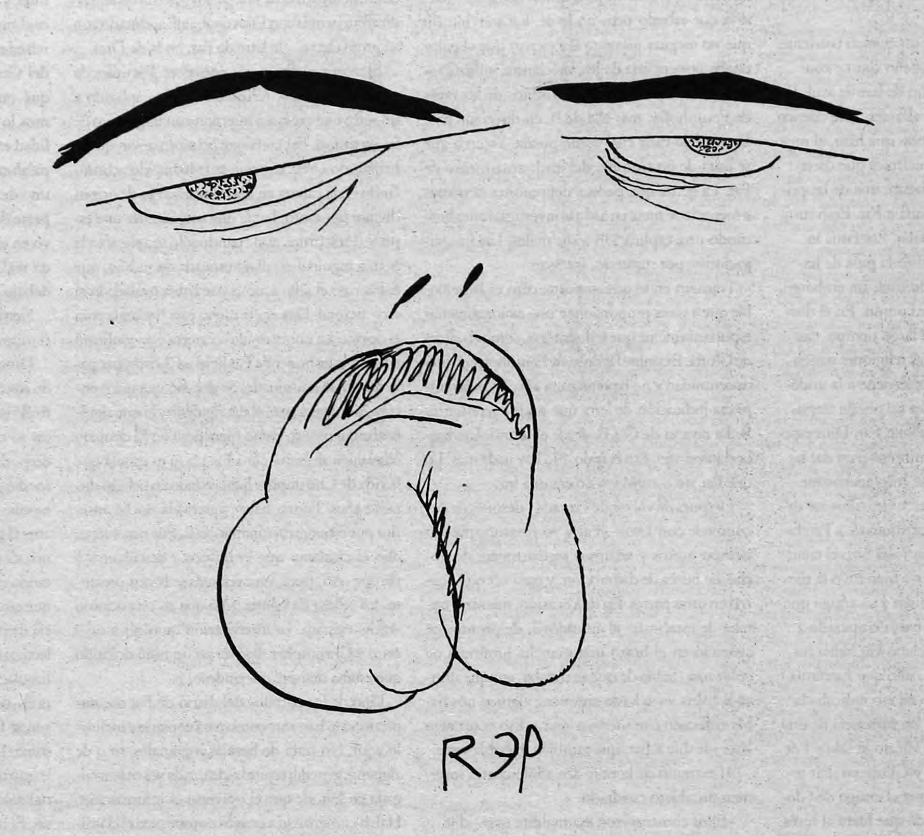


El hombre que sabía demasiado

Por Rodrigo Fresán

La pregunta en estos días –como alguna vez lo fue–ya no es si el escritor de ciencia ficción Philip K. Dick estaba loco sino cómo es posible que sus fantasías paranoicas de entonces sean cada vez más parecidas a nuestra realidad presente.

Está claro que Dick –muerto en 1982 meses antes del estreno de *Blade Runner*, película basada en una novela suya, y a punto de ser redescubierto como "Borges norteamericano" aunque, desde aquí, funcione más como una especie de replicante Nexus-Arlt– viajaba bastante más rápido y lejos que sus colegas y, lo más importante y atemorizador de todo: no tenía pasaje de vuelta porque no tenía ganas de volver a ninguna parte.

Valis (de 1981, recientemente reeditada por Minotauro y hasta ahora conocida en español como *Sinaivi*) es cosa seria: uno de sus últimos libros publicados en vida, punto de partida de su "Tetralogía religiosa" que se completa con *The Divine Invasion* (1981), *The Transmigration of Timothy Archer* (1982) y la coda/introducción *Radio Free Albemuth* (escrita en 1976 pero recién publicada en 1985).

Valis –acrónimo que define a una entidad entre divina y extraterrestre y que significa *Vast Active Living Intelligence System*– es un libro inclasificable que ha llegado a ser definido como el *Tristram Shandy* de la ciencia ficción: ¿Crónica de una posesión cósmica? ¿Autobiografía alternativa? ¿*Tractat* para una nueva religión? ¿Pedido de auxilio de un escritor enloquecido por años de bombardeo químico a su sistema nervioso y comida para perros a su aparato digestivo? ¿*Roman à clef* con la participación de Linda Ronstadt, Richard Wagner, Emmylou Harris, Richard Nixon, David Bowie y Brian Eno y un puñado de presocráticos entre muchos otros? ¿Mensaje en la botella de un náufrago paranoico seguro de estar siendo observado por la KGB y el FBI luego de haber tomado contacto con el "rayo rosado" de un inteligencia superior o de su hermanita gemela muerta?

Todas y cada una de estas definiciones/interrogantes son aplicables a lo que es, indiscutiblemente, una obra maestra dentro de cualquier categoría literaria.

Un libro que en el torrente de su delirio, suena cada vez más perturbadoramente lúcido con cada día que pasa y el futuro –tal como lo entendíamos hasta antes de la odisea sin espacio de este 2001– va quedando cada vez más atrás.

En las páginas que siguen se cuenta cómo Amacaballo Fat, el transparente alter ego de Dick y héroe de *Valis*, experimentó conexión cósmica y mística con el rayo rosado y salvó la vida de su hijo tal cual le ocurrió al propio Dick mientras caía en un trance provocado por la audición de "Strawberry Fields Forever".

Aunque usted no lo crea.

Es todo verdad.

Hay testigos.

En serio.

Más adelante, Fat llegó a concebir una teoría: todo el universo estaría integrado por información. Comenzó a llevar un diario; de hecho venía llevándolo secretamente desde hacía ya tiempo: la costumbre furtiva de una persona perturbada.

Valis

Por Philip K. Dick

Tenía el aspecto de un cuenco corriente: chato, de color castaño claro y con una ornamentación de barniz azul. Estefanía no era una experta alfarera. Este cuenco fue una de las primeras piezas que hizo, al menos fuera de las clases de cerámica que dictaban en la escuela. Por supuesto, una de las primeras piezas estuvo destinada a Fat. Eran muy amigos. Cuando él se alteraba, Estefanía lo tranquilizaba sobrecargándole la pipa de hachís. Desde cierto punto de vista, sin embargo, el cuenco no tenía nada de común. En él dormitaba Dios. Dormitó allí largo tiempo, casi demasiado tiempo. Algunas religiones sustentan la teoría de que Dios interviene a la undécima hora. Quizá sea así; yo no puedo asegurarlo. En el caso de Amacaballo Fat, Dios esperó hasta que faltaran tres minutos para dar las doce, y aun entonces lo que hizo apenas fue suficiente; apenas suficiente y virtualmente demasiado tarde. No puede atribuírsele a Estefanía ninguna responsabilidad; ella hizo el cuenco, lo barnizó y lo horneó no bien tuvo la rueda. Hizo lo posible por ayudar a su amigo que, como Gloria antes que él, había empezado a morir. Trató de ayudarlo como Fat había tratado de ayudar a su amiga, sólo que Estefanía se desenvolvió mejor. Pero en eso radicaba la diferencia entre ella y Fat. En presencia de una crisis, ella sabía qué hacer. Fat no lo sabía. Por tanto, hoy Fat estaba vivo y Gloria no. Fat tenía una amiga más capaz que el amigo de Gloria. Quizás él habría querido que fuera al revés, pero no dependía de él. El universo adopta ciertas decisiones y sobre esa base algunas personas viven y otras mueren. Esta es una ley muy dura. Pero todas las criaturas se inclinan ante ella. Fat llegó a Dios y Gloria Knudson llegó a la muerte. Es injusto y Fat sería el primero en reconocerlo. Hay que concederle ese mérito.

Después de haberse encontrado con Dios, Fat desarrolló un amor por él que no era normal. No consistía en lo que habitualmente se entiende cuando se dice que alguien «ama a Dios». En el caso de Fat se trataba sencillamente de hambre. Y lo que es todavía más extraño, nos explicaba que Dios lo había herido, y que sin embargo seguía anhelándolo como un borracho anhela la bebida. Dios, nos dijo, le había disparado un rayo de luz rosa directamente a la cabeza, a los ojos; Fat se había quedado temporalmente ciego y la cabeza le había dolido durante varios días. Era fácil, dijo, describir el rayo de luz rosa; es exactamente lo que se percibe como postimagen de fosfeno cuando una lámpara de flash nos destella en la cara. Ese color perseguía espiritualmente a Fat. A veces aparecía en la pantalla de un televisor. Vivía para esa luz, para ese particular color.

Sin embargo, nunca volvió a encontrarlo. Nada podía producir ese color en la luz, salvo Dios. En otras palabras, la luz normal no lo contenía. En una oportunidad Fat estudió el círculo de los colores, un círculo de todo el espectro visible. El color no estaba allí. Había visto un color que nadie más puede ver, más allá del espectro.

¿Qué viene después de la luz en términos de frecuencia? ¿El calor? ¿Las ondas de radio? Tendría que saberlo pero no lo sé. Fat me dijo (lo que no asegura que esto sea cierto) que el color estaba por encima de los setecientos milimicrones del espectro solar; en términos de las rayas de Fraunhofer, más allá de B, en dirección a A. Entiéndalo cada cual como pueda. Yo creo que se trata de un síntoma del quebrantamiento de Fat. La gente que padece depresiones nerviosas a menudo se mete en arduas investigaciones buscando una explicación a sus males. Las investigaciones, por supuesto, fracasan.

Fracasan en lo que importa, pero es lamentable que a veces proporcionen una racionalización espuria a la mente que se desintegra, como el «ellos» de Gloria. Examiné las rayas de Fraunhofer en una oportunidad y no hay ninguna «A». La más temprana indicación de letra que pude encontrar es B. La raya va de G a B, desde el ultravioleta hasta el infrarrojo. Eso es todo. No hay nada más. Lo que Fat vio o creyó ver no era una luz.

Después de volver de Canadá –después de encontrarse con Dios–, Fat y yo pasamos mucho tiempo juntos y salíamos regularmente de noche, en busca de distracción, y para ver qué ocurría en otras partes. En una ocasión, mientras trataba de estacionar el automóvil, de pronto me apareció en el brazo una mancha luminosa de color rosa. Sabía de qué se trataba, aunque nunca la había visto hasta entonces; alguien nos había enfocado con un rayo láser. –Eso es un rayo láser –le dije a Fat, que también lo había visto.

Al extremo de la calle dos adolescentes sostenían un objeto cuadrado.

–Ellos construyeron esa maldita cosa –dije.

Los muchachos se nos acercaron sonrientes. La habían construido, nos dijeron, con un juego de piezas para armar. Les hicimos saber lo impresionados que habíamos quedado y ellos se alejaron en busca de alguna otra víctima.

–¿Ese es el color rosa? –le pregunté.

No me contestó. Pero me pareció que no era franco conmigo. Tuve la impresión de que Fat había visto el color. No sé por qué no lo confesaba si era así. Quizá la experiencia era un estorbo para una teoría más elegante. Los que padecen perturbaciones mentales no aplican el principio de la parsimonia científica: la teoría más simple para explicar un cierto conjunto de datos. Prefieren el barroquismo.

El aspecto fundamental que Fat nos dio a conocer en relación con el rayo rosa que lo lastimó y lo encegueció fue el siguiente: nos dijo que de inmediato –no bien el rayo lo hirió– supo cosas que nunca había sabido antes. Específicamente supo que su hijo de cinco años padecía un defecto de nacimiento que no había sido diagnosticado y supo en qué consistía dicho defecto hasta en los menores detalles anatómicos. De hecho, supo lo suficiente como para informar al doctor.

Yo quería saber cómo se lo había explicado al doctor. Cómo le habló de los detalles médicos. El cerebro de Fat había captado toda la información que el rayo de luz rosa le había suministrado, pero ¿cómo explicarla?

Más adelante, Fat llegó a concebir una teoría: todo el universo estaría integrado por información. Comenzó a llevar un diario; de hecho venía llevándolo secretamente desde hacía ya tiempo: la costumbre furtiva de una persona perturbada. Todo el encuentro con Dios estaba allí apuntado con su propia letra..., la letra de Fat, no la de Dios.

El término «diario» me pertenece. Fat utilizó la palabra «exégesis», término teológico aplicado a un texto que explica o interpreta un fragmento de las escrituras. Fat creía que la información que le había sido enviada y que se le había ido acumulando en la cabeza en olas sucesivas era de origen divino; por tanto, había que considerarla una especie de escritura, aun cuando sólo se aplicara a la hernia inguinal no diagnosticada de su hijo, que había roto el sello acuoso y se había trasladado al saco escrotal. Esta era la nueva que Fat tenía para el doctor. La nueva resultó correcta y se confirmó cuando la ex mujer de Fat llevó a Christopher para que fuera examinado. Se decidió una intervención quirúrgica para el día siguiente, lo que significaba tan pronto como fuera posible. El cirujano comunicó alegremente a Fat y a su ex esposa que la vida de Christopher había estado en peligro durante años. Podría haber muerto la noche anterior por estrangulación intestinal. Fue una suerte, dijo el cirujano, que lo hubieran descubierto a tiempo. Así, pues, una vez más se hacen presentes los «ellos» de Gloria, sólo que en esta ocasión «ellos» existían. La intervención quirúrgica tuvo éxito y Christopher dejó de ser un niño dolorido que estaba siempre quejándose.

Uno de los párrafos del diario de Fat me impresionó lo bastante como para copiarlo e incluirlo aquí. No trata de hernias inguinales, sino de algo más general; repite la idea, cada vez más arraigada en Fat, de que el universo es información. Había comenzado a creerlo porque para él el universo –su universo– se estaba convirtiendo rápidamente en información. Una vez que Dios comenzó a hablarle pareció que nunca iba a detenerse. No creo que lo mencionen en la Biblia.

Anotación 37 del diario. Experimentamos los pensamientos del Cerebro, ordenados y reordenados, cambiando siempre, en un universo físico; pero en realidad se trata de información y procesamiento de información que interpretamos como sustancia. No vemos tan sólo los pensamientos como objetos, sino, ante todo, como movimiento o, con mayor precisión, como ubicación de los objetos: cómo llegan a vincularse entre sí. Pero no podemos leer la estructuración del ordenamiento; no podemos extraer la información contenida en él; es decir, en cuanto información, que no es otra cosa. La vinculación y la revinculación de los objetos en el Cerebro es en realidad un lenguaje, pero no un lenguaje como el nuestro (puesto que apunta a sí mismo y no a alguien o a algo fuera de él).

Fat volvió sobre este tema una y otra vez no sólo en el diario, sino también en las conversaciones que sostenía con los amigos. Estaba convencido de que el universo había comenzado a hablarle. En otra entrada del diario se lee:

36. Tendríamos que poder escuchar esta información o, mejor, esta narración, como una voz neutra dentro de nosotros mismos. Pero algo no funcionó bien. Toda la creación es un lenguaje y nada más que un lenguaje que, por alguna razón inexplicable, no podemos leer fuera ni escuchar dentro. Por tanto afirmo que nos hemos convertido en idiotas. Algo le ha sucedido a nuestra inteligencia. Mi razonamiento es el siguiente: el ordenamiento de las partes cerebrales es un lenguaje. Nosotros somos parte del Cerebro; por tanto, somos lenguaje. ¿Por qué, entonces, no lo sabemos? ni siquiera sabemos lo que somos, para no hablar ya de la realidad exterior que nos contiene. El origen de la palabra «idiota» es la palabra «privado». Cada uno de nosotros se ha vuelto privado y ya no es parte del pensamiento común del Cerebro, salvo en el nivel subliminal. Así, pues, nuestra vida real y nuestros objetivos se desarrollan por debajo del umbral de la conciencia.

Siento la tentación de responder: «Habla por ti mismo, Fat».

Durante un largo tiempo (o «vastos desiertos de eternidad», como él hubiera dicho), Fat desarrolló un montón de peregrinas teorías para explicar su contacto con Dios y la información de él derivada. Una de ellas, distinta de las demás, me resultó particularmente interesante. Describía una especie de capitulación mental por parte de Fat ante el proceso por el que estaba pasando. Esta teoría sostenía que en realidad no estaba experimentando nada en absoluto. Rayos de intensa energía que emanaban de muy lejos, quizá de una distancia de millones de kilómetros, le estimulaban selectivamente diversas partes del cerebro. Estas estimulaciones selectivas generaban la *impresión*–para él– de que en realidad veía y oía palabras, imágenes, figuras de personas, páginas impresas; en suma, Dios y el Mensaje de Dios o, como a Fat le gustaba decir, el Logos. Pero (sostenía esta teoría) sólo imaginaba que experimentaba estas cosas. Eran como hologramas. En verdad me llamaba la atención que un lunático desechara sus alucinaciones de manera tan elaborada; Fat, intelectualmente, se había excluido del juego de la locura mientras que al mismo tiempo seguía disfrutando de sonidos y visiones. De hecho, ya no sostenía que todo aquello estuviera allí presente. ¿Era un indicio de que había empezado a mejorar? Es difícil creerlo. Ahora afirmaba que «ellos» o Dios o algún otro le apuntaban a la cabeza con un rayo de energía de largo alcance y rico en información. No vi ninguna mejoría en esto, pero representaba un cambio. Fat ahora podía desechar sus alucinaciones, lo cual significaba que las reconocía como tales. Pero, como Gloria, ahora tenía un «ellos». Esto me pareció una victoria pírrica. La vida de Fat me daba la impresión de ser una larga letanía de lo mismo, como, por ejemplo, la manera en que había rescatado a Gloria.

La exégesis en que Fat trabajaba mes tras mes era para mí en verdad una victoria pírrica si alguna vez la hubo: en este caso, el esfuerzo de una mente bloqueada que trata de encontrar sentido en lo inescrutable. Quizás ésta sea la base de la enfermedad mental: ocurren hechos incomprensibles; la vida de uno se convierte en recipiente de engañosas fluctuaciones de lo que antes era la realidad. Y no sólo esto –como si no fuera bastante–, sino que además, uno, como Fat, se concentra en estas fluctuaciones, intentando darles coherencia, cuando, en realidad, no tienen otro sentido que aquel que uno les impone por la necesidad de restaurarlo todo para que formas y procesos puedan reconocerse. Lo primero que queda eliminado en la enfermedad mental es la familia-

Valis

Más adelante, Fat llegó a concebir una teoría: todo el universo estaría integrado por información. Comenzó a llevar un diario; de hecho venía llevándolo secretamente desde hacía ya tiempo: la costumbre furtiva de una persona perturbada.

A algunas personas Dios las cura y a otras las mata. Fat niega que Dios mate a nadie. Fat afirma que Dios nunca hace daño a nadie.

Por Philip K. Dick

Tenía el aspecto de un cuenco corriente: chato, de color castaño claro y con una ornamentación de barniz azul. Estefanía no era una experta alfarera. Este cuenco fue una de las primeras piezas que hizo, al menos fuera de las clases de cerámica que dictaban en la escuela. Por supuesto, una de las primeras piezas estuvo destinada a Fat. Eran muy amigos. Cuando él se alteraba, Estefanía lo tranquilizaba sobrecargándole la pipa de hachís. Desde cierto punto de vista, sin embargo, el cuenco no tenía nada de común. En él dormitaba Dios. Dormitó allí largo tiempo, casi demasiado tiempo. Algunas religiones sustentan la teoría de que Dios interviene a la undécima hora. Quizá sea así; yo no puedo asegurarlo. En el caso de Amacaballo Fat, Dios esperó hasta que faltaran tres minutos para dar las doce, y aun entonces lo que hizo apenas fue suficiente; apenas suficiente y virtualmente demasiado tarde. No puede atribuírsele a Estefanía ninguna responsabilidad; ella hizo el cuenco, lo barnizó y lo horneó no bien tuvo la rueda. Hizo lo posible por ayudar a su amigo que, como Gloria antes que él, había empezado a morir. Trató de ayudarlo como Fat había tratado de ayudar a su amiga, sólo que Estefanía se desenvolvió mejor. Pero en eso radicaba la diferencia entre ella y Fat. En presencia de una crisis, ella sabía qué hacer. Fat no lo sabía. Por tanto, hoy Fat estaba vivo y Gloria no. Fat tenía una amiga más capaz que el amigo de Gloria. Quizás él habría querido que fuera al revés, pero no dependía de él. El universo adopta ciertas decisiones y sobre esa base algunas personas viven y otras mueren. Esta es una ley muy dura. Pero todas las criaturas se inclinan ante ella. Fat llegó a Dios y Gloria Knudson llegó a la muerte. Es injusto y Fat sería el primero en reconocerlo. Hay que concederle ese mérito.

Después de haberse encontrado con Dios, Fat desarrolló un amor por él que no era normal. No consistía en lo que habitualmente se entiende cuando se dice que alguien «ama a Dios». En el caso de Fat se trataba sencillamente de hambre. Y lo que es todavía más extraño, nos explicaba que Dios lo había herido, y que sin embargo seguía anhelándolo como un borracho anhela la bebida. Dios, nos dijo, le había disparado un rayo de luz rosa directamente a la cabeza, a los ojos; Fat se había quedado temporalmente ciego y la cabeza le había dolido durante varios días. Era fácil, dijo, describir el rayo de luz rosa; es exactamente lo que se percibe como postimagen de fosfeno cuando una lámpara de flash nos destella en la cara. Ese color perseguía espiritualmente a Fat. A veces aparecía en la pantalla de un televisor. Vivía para esa luz, para ese particular color.

Sin embargo, nunca volvió a encontrarlo. Nada podía producir ese color en la luz, salvo Dios. En otras palabras, la luz normal no lo contenía. En una oportunidad Fat estudió el círculo de los colores, un círculo de todo el espectro visible. El color no estaba allí. Había visto un color que nadie más puede ver, más allá del espectro.

¿Qué viene después de la luz en términos de frecuencia? ¿El calor? ¿Las ondas de radio? Tendría que saberlo pero no lo sé. Fat me dijo (lo que no asegura que esto sea cierto) que el color estaba por encima de los setecientos milimicrones del espectro solar; en términos de las rayas de Fraunhofer, más allá de B, en dirección a A. Entiéndalo cada cual como pueda. Yo creo que se trata de un síntoma del quebrantamiento de Fat. La gente que padece depresiones nerviosas a menudo se mete en arduas investigaciones buscando una explicación a sus males. Las investigaciones, por supuesto, fracasan.

Fracasan en lo que importa, pero es lamentable que a veces proporcionen una racionalización espuria a la mente que se desintegra, como el «ellos» de Gloria. Examiné las rayas de Fraunhofer en una oportunidad y no hay ninguna «A». La más temprana indicación de letra que pude encontrar es B. La raya va de G a B, desde el ultravioleta hasta el infrarrojo. Eso es todo. No hay nada más. Lo que Fat vio o creyó ver no era una luz.

Después de volver de Canadá –después de encontrarse con Dios–, Fat y yo pasamos mucho tiempo juntos y salíamos regularmente de noche, en busca de distracción, y para ver qué ocurría en otras partes. En una ocasión, mientras trataba de estacionar el automóvil, de pronto me apareció en el brazo una mancha luminosa de color rosa. Sabía de qué se trataba, aunque nunca la había visto hasta entonces; alguien nos había enfocado con un rayo láser. –Eso es un rayo láser –le dije a Fat, que también lo había visto.

Al extremo de la calle dos adolescentes sostenían un objeto cuadrado.

–Ellos construyeron esa maldita cosa –dije.

Los muchachos se nos acercaron sonrientes. La habían construido, nos dijeron, con un juego de piezas para armar. Les hicimos saber lo impresionados que habíamos quedado y ellos se alejaron en busca de alguna otra víctima.

–¿Ese es el color rosa? –le pregunté.

No me contestó. Pero me pareció que no era franco conmigo. Tuve la impresión de que Fat había visto el color. No sé por qué no lo confesaba si era así. Quizá la experiencia era un estorbo para una teoría más elegante. Los que padecen perturbaciones mentales no aplican el principio de la parsimonia científica: la teoría más simple para explicar un cierto conjunto de datos. Prefieren el barroquismo.

El aspecto fundamental que Fat nos dio a conocer en relación con el rayo rosa que lo lastimó y lo encegueció fue el siguiente: nos dijo que de inmediato –no bien el rayo lo hirió– supo cosas que nunca había sabido antes. Específicamente supo que su hijo de cinco años padecía un defecto de nacimiento que no había sido diagnosticado y supo en qué consistía dicho defecto hasta en los menores detalles anatómicos. De hecho, supo lo suficiente como para informar al doctor.

Yo quería saber cómo se lo había explicado al doctor. Cómo le habló de los detalles médicos. El cerebro de Fat había captado toda la información que el rayo de luz rosa le había suministrado, pero ¿cómo explicarla?

Más adelante, Fat llegó a concebir una teoría: todo el universo estaría integrado por información. Comenzó a llevar un diario; de hecho venía llevándolo secretamente desde hacía ya tiempo: la costumbre furtiva de una persona perturbada. Todo el encuentro con Dios estaba allí apuntado con su propia letra..., la letra de Fat, no la de Dios.

El término «diario» me pertenece. Fat utilizó la palabra «exégesis», término teológico aplicado a un texto que explica o interpreta un fragmento de las escrituras. Fat creía que la información que le había sido enviada y que se le había ido acumulando en la cabeza en olas sucesivas era de origen divino; por tanto, había que considerarla una especie de escritura, aun cuando sólo se aplicara a la hernia inguinal no diagnosticada de su hijo, que había roto el sello acuoso y se había trasladado al saco escrotal. Esta era la nueva que Fat tenía para el doctor. La nueva resultó correcta y se confirmó cuando la ex mujer de Fat llevó a Christopher para que fuera examinado. Se decidió una intervención quirúrgica para el día siguiente, lo que significaba tan pronto como fuera posible. El cirujano comunicó alegremente a Fat y a su ex esposa que la vida de Christopher había estado en peligro durante años. Podría haber muerto la noche anterior por estrangulación intestinal. Fue una suerte, dijo el cirujano, que lo hubieran descubierto a tiempo. Así, pues, una vez más se hacen presentes los «ellos» de Gloria, sólo que en esta ocasión «ellos» existían. La intervención quirúrgica tuvo éxito y Christopher dejó de ser un niño dolorido que estaba siempre quejándose.

Uno de los párrafos del diario de Fat me impresionó lo bastante como para copiarlo e incluirlo aquí. No trata de hernias inguinales, sino de algo más general; repite la idea, cada vez más arraigada en Fat, de que el universo es información. Había comenzado a creerlo porque para él el universo –su universo– se estaba convirtiendo rápidamente en información. Una vez que Dios comenzó a hablarle pareció que nunca iba a detenerse. No creo que lo mencionen en la Biblia.

Anotación 37 del diario. Experimentamos los pensamientos del Cerebro, ordenados y reordenados, cambiando siempre, en un universo físico; pero en realidad se trata de información y procesamiento de información que interpretamos como sustancia. No vemos tan sólo los pensamientos como objetos, sino, ante todo, como movimiento o, con mayor precisión, como ubicación de los objetos: cómo llegan a vincularse entre sí. Pero no podemos leer la estructuración del ordenamiento; no podemos extraer la información contenida en él; es decir, en cuanto información, que no es otra cosa. La vinculación y la revinculación de los objetos en el Cerebro es en realidad un lenguaje, pero no un lenguaje como el nuestro (puesto que apunta a sí mismo y no a alguien o a algo fuera de él).

Fat volvió sobre este tema una y otra vez no sólo en el diario, sino también en las conversaciones que sostenía con los amigos. Estaba convencido de que el universo había comenzado a hablarle. En otra entrada del diario se lee:

36. Tendríamos que poder escuchar esta información o, mejor, esta narración, como una voz neutra dentro de nosotros mismos. Pero algo no funcionó bien. Toda la creación es un lenguaje y nada más que un lenguaje que, por alguna razón inexplicable, no podemos leer fuera ni escuchar dentro. Por tanto afirmo que nos hemos convertido en idiotas. Algo le ha sucedido a nuestra inteligencia. Mi razonamiento es el siguiente: el ordenamiento de las partes cerebrales es un lenguaje. Nosotros somos parte del Cerebro; por tanto, somos lenguaje. ¿Por qué, entonces, no lo sabemos? ni siquiera sabemos lo que somos, para no hablar ya de la realidad exterior que nos contiene. El origen de la palabra «idiota» es la palabra «privado». Cada uno de nosotros se ha vuelto privado y ya no es parte del pensamiento común del Cerebro, salvo en el nivel subliminal. Así, pues, nuestra vida real y nuestros objetivos se desarrollan por debajo del umbral de la conciencia.

Siento la tentación de responder: «Habla por ti mismo, Fat».

Durante un largo tiempo (o «vastos desiertos de eternidad», como él hubiera dicho), Fat desarrolló un montón de peregrinas teorías para explicar su contacto con Dios y la información de él derivada. Una de ellas, distinta de las demás, me resultó particularmente interesante. Describía una especie de capitulación mental por parte de Fat ante el proceso por el que estaba pasando. Esta teoría sostenía que en realidad no estaba experimentando nada en absoluto. Rayos de intensa energía que emanaban de muy lejos, quizá de una distancia de millones de kilómetros, le estimulaban selectivamente diversas partes del cerebro. Estas estimulaciones selectivas generaban la *impresión* –para él– de que en realidad veía y oía palabras, imágenes, figuras de personas, páginas impresas; en suma, Dios y el Mensaje de Dios o, como a Fat le gustaba decir, el Logos. Pero (sostenía esta teoría) sólo imaginaba que experimentaba estas cosas. Eran como hologramas. En verdad me llamaba la atención que un lunático desechara sus alucinaciones de manera tan elaborada; Fat, intelectualmente, se había excluido del juego de la locura mientras que al mismo tiempo seguía disfrutando de sonidos y visiones. De hecho, ya no sostenía que todo aquello estuviera allí presente. ¿Era un indicio de que había empezado a mejorar? Es difícil creerlo. Ahora afirmaba que «ellos» o Dios o algún otro le apuntaban a la cabeza con un rayo de energía de largo alcance y rico en información. No vi ninguna mejoría en esto, pero representaba un cambio. Fat ahora podía desechar sus alucinaciones, lo cual significaba que las reconocía como tales. Pero, como Gloria, ahora tenía un «ellos». Esto me pareció una victoria pírrica. La vida de Fat me daba la impresión de ser una larga letanía de lo mismo, como, por ejemplo, la manera en que había rescatado a Gloria.

La exégesis en que Fat trabajaba mes tras mes era para mí en verdad una victoria pírrica si alguna vez la hubo: en este caso, el esfuerzo de una mente bloqueada que trata de encontrar sentido en lo inescrutable. Quizás ésta sea la base de la enfermedad mental: ocurren hechos incomprensibles; la vida de uno se convierte en recipiente de engañosas fluctuaciones de lo que antes era la realidad. Y no sólo esto –como si no fuera bastante–, sino que además, uno, como Fat, se concentra en estas fluctuaciones, intentando darles coherencia, cuando, en realidad, no tienen otro sentido que aquel que uno les impone por la necesidad de restaurarlo todo para que formas y procesos puedan reconocerse. Lo primero que queda eliminado en la enfermedad mental es la familiaridad. Y lo que la reemplaza son malas noticias, pues no sólo no se entienden; tampoco es posible comunicarlas a los demás. El loco experimenta algo, pero no sabe qué es o de dónde viene.

En medio de ese paisaje desolado, cuyo origen puede remontarse a la muerte de Gloria Knudson, Fat imaginó que Dios lo había curado. Una vez que se las conoce, las victorias pírricas aparecen a cada momento.

Me recuerda a una muchacha que estaba muriéndose de cáncer. Fui a verla al hospital y no la reconocí; sentada en la cama, parecía un hombrecito lampiño. La quimioterapia la había hinchado como una uva enorme. El cáncer y el tratamiento la habían dejado virtualmente ciega, casi sorda. padecía continuos ataques. Me incliné para preguntarle cómo se sentía, y ella me contestó, cuando pudo comprender mi pregunta: –Siento que Dios me está curando.

Tenía vocación religiosa y proyectaba entrar en alguna orden. Sobre la mesita de metal que había junto a su cama alguien le había dejado un rosario. En mi opinión un letrero que dijera JODETE DIOS habría sido más oportuno.

No obstante, para ser del todo justo, he de admitir que Dios –o alguien que se da a sí mismo el nombre de Dios, distinción meramente semántica– había disparado a la cabeza de Amacaballo Fat una preciosa información que le había ayudado a salvar a su hijo Christopher. A algunas personas Dios las cura y a otras las mata. Fat niega que Dios mate a nadie. Fat afirma que Dios nunca hace daño a nadie. La enfermedad, el dolor y el sufrimiento inmerecido tienen su origen en otra fuente, a lo cual yo contesto: ¿Cómo tuvo origen esa otra fuente? ¿Hay dos dioses? ¿O parte del universo queda fuera del dominio de Dios? Fat solía citar a Platón. De acuerdo con la cosmología platónica, el *noös* o la Mente persuade a *ananké* o necesidad ciega –o ciego azar, de acuerdo con algunos expertos– de que le conviene someterse. El *noös* iba andando cuando se encontró de repente conel ciego azar; el caos, en otras palabras, al que el *noös* impone orden (aunque en ninguna parte Platón nos explica cómo se lleva a cabo esta «persuasión»). De acuerdo con Amacaballo Fat, el cáncer de mi amiga consistía en un desorden que todavía no había sido persuadido. El *noös* o Dios aún no la había alcanzado, a lo cual respondí: –Bueno, pues cuando la alcance será demasiado tarde.

Fat no tuvo respuesta para eso, cuando menos, no en términos de refutación oral. Se alejó, esquivándome, y quizás escribió sobre el tema en el diario. Se quedaba garrapateándolo todas las noches hasta las cuatro de la mañana. Supongo que todos los secretos del universo se encontraban allí, en alguna parte, entre el ripio.

Disfrutábamos haciendo que Fat mordiera el anzuelo de las disputas teológicas; siempre se enfadaba, presumiendo que nuestras expresiones sobre el tema tenían importancia, que el tema en sí mismo tenía importancia. Lo vapuleábamos. Nos divertía abrir la discusión mediante algún comentario indiferente: –Hoy Dios me ha dado un billete para el peaje de la autopista.

O algo por el estilo. Caído en la trampa, Fat se lanzaba a la acción. Pasábamos el tiempo torturando a Fat sin malicia. Cuando nos íbamos de su casa, teníamos la satisfacción extra de saber que estaría anotándolo todo en el diario. En su diario, claro, el punto de vista de Fat siempre prevalecía.

No era necesario tentar a Fat mediante preguntas ociosas como «Si Dios puede hacer lo que se le ocurra, ¿podría abrir una zanja tan ancha que él mismo no sería capaz de saltarla?». Había otras muchas preguntas, sacadas de la vida real, para las que Fat no tenía respuesta. Nuestro amigo Kevin comenzaba siempre con la misma frase: –¿Y mi gato muerto? –preguntaba. Varios años atrás, Kevin había salido de paseo con su gato una tarde temprano. Había cometido la torpeza de no ponerle una traílla y el gato se había lanzado por la calle al encuentro de las ruedas de un automóvil. Cuando Kevin recogió los restos del animal, todavía vivía, exhalaba una espuma sanguinolenta y lo miraba aterrado. A Kevin le gustaba decir: –El Día del Juicio Final, cuando sea llamado a comparecer ante el gran juez, les diré: «Aguardad un momento» y entonces sacaré el gato muerto de debajo de mi chaqueta. «¿Cómo lo explicáis?», preguntaré.

Por entonces, solía decir Kevin, el gato estaría tan tieso como una sartén; sostendría al gato por el asa, o sea el rabo, y esperaría una respuesta satisfactoria.

Fat decía: –Ninguna respuesta te dejaría satisfecho.

–Ninguna respuesta que me dieras tú –decía Kevin con arrogancia–. Pues bien, de modo que Dios le salvó la vida a tu hijo. ¿Por qué no hizo que mi gato echara a correr cinco segundos más tarde? ¿*Tres* segundos más tarde? ¿Habría sido ésa demasiada molestia? Claro, supongo que un gato no interesa.

En una ocasión le señalé: –Sabes, Kevin, que podrías haberle puesto una traílla al gato.

–No –dijo Fat–. Tiene alguna razón. Es algo que me viene atormentando. Para Kevin el gato es un símbolo de todo lo que no entiende en el universo.

–Entiendo perfectamente –dijo Kevin con amargura–. Sencillamente creo que todo es una mierda. O Dios es impotente o estúpido o le importa un rábano. O las tres cosas juntas. Es malvado, tonto y débil. Creo que voy a comenzar mi propia exégesis.

–Pero a ti Dios no te habla –dije.

–¿Sabes quién le habla a Caballo? –preguntó Kevin–. ¿Quién le habla realmente a Caballo en medio de la noche? La gente del planeta Estupidez. Caballo, ¿qué nombre das a la sabiduría de Dios? ¿Santa qué?

–Hagia Sophia –dijo Caballo cauteloso.

Respondió Kevin: –¿Cómo dices, Hagia Estupidez? ¿Santa Estupidez?

–Hagia Moron –dijo Caballo. Siempre se defendía cediendo–. Moron es una palabra griega, como Hagia. La encontré cuando quise saber con exactitud la ortografía de oxímoron.

–Aunque el sufijo *on* es la terminación del género neutro –dije.

Esto puede darnos una idea de adónde iban a parar nuestras discusiones teológicas. Tres hombres mal informados y en total desacuerdo. A veces nos acompañaba David, nuestro amigo católico apostólico romano, y la joven que había estado muriéndose de cáncer, Sherri. Los tumores habían remitido y el hospital la había dado de alta. No oía ni veía muy bien, pero, por lo demás, parecía haberse recuperado.

Para Fat, claro está, esto era un argumento en favor de Dios y del amor curativo de Dios. David, y por supuesto la misma Sherri, compartían la idea de Fat: Kevin consideraba la remisión como un milagro de la terapia, de la quimioterapia y de la suerte. Además, nos confió, la remisión era sólo temporal. En cualquier momento Sherri podía volver a enfermarse. Kevin sugirió, tétrico, que la próxima vez que Sherri cayera enferma ya no habría más remisión. A veces teníamos la impresión de que lo deseaba, pues eso confirmaría su visión del universo.

El entero saco de trucos verbales de Kevin se fundaba sobre todo en la creencia de que el universo se componía de desdicha y hostilidad y que terminaría por atraparlo a uno. Consideraba el universo, como la mayor parte de la gente, una cuenta impagada; al final el pago será inevitable. El universo te deja suelto, te permite dar saltos y luego te ajusta las riendas. Kevin esperaba que esto comenzara a sucederle a él, a mí, a David y especialmente a Sherri. En cuanto a Amacaballo Fat, Kevin pensaba que no se había soltado en años, que se encontraba en el ciclo de las riendas ajustadas. No lo creía potencialmente condenado, sino condenado de hecho. Fat tenía el buen tino de no hablar de Gloria Knudson en presencia de Kevin. Si lo hubiera hecho, Kevin habría sumado la muerte de Gloria a la del gato. Diría que la sacaría de entre los pliegues de la chaqueta junto con el gato.

Como católico, David atribuía todo mal al libre albedrío del hombre. Esto solía molestarnos a todos, incluso a mí. En una ocasión le pregunté si el cáncer de Sherri era un caso de libre albedrío, sabiendo perfectamente que David estaba siempre al tanto de todas las novedades psicológicas y que cometería el error de decir que Sherri había deseado inconscientemente tener un cáncer, y que por tanto había anulado su sistema inmunológico, punto de vista que cundía en la psicología avanzada de ese entonces. Por supuesto, David cayó en la trampa y lo dijo.

–Entonces ¿por qué se curó? –le pregunté–. ¿Quería curarse inconscientemente?

David se quedó desconcertado. Si atribuía la enfermedad a la voluntad inconsciente de la muchacha, tenía que atribuir la remisión a causas mundanas y no sobrenaturales. Dios nada tenía que ver.

–Lo que C. S. Lewis diría... –comenzó David, lo cual de inmediato enojó a Fat. Se enojaba cuando David recurría a C. S. Lewis para fortalecer su pedestre ortodoxia.

–Quizá Sherri pudo con Dios –dije–. Dios la quería enferma y ella luchó por reestablecerse.

El argumento inevitable de David, por supuesto, habría sido que Sherri había enfermado neuróticamente de cáncer por encontrarse deprimida, pero que Dios había intervenido y la había salvado.

–No –dijo Fat–. Es todo lo contrario. Como cuando me curó a mí.

Por fortuna, Kevin no estaba presente. No consideraba que Fat se hubiera curado (ninguno de nosotros lo pensaba), y de cualquier manera, no era Dios quien lo había hecho. Esta es la especie de lógica que Freud ataca: la estructura de dos proposiciones que se anulan mutuamente. Freud consideraba que esta estructura escondía una racionalización. Se acusa a alguien de haber robado un caballo, y el presunto ladrón responde: «Yo no robo caballos y además el suyo es un caballo de mala muerte». Si se pone atención en este razonamiento, es posible llegar a percibir el proceso mental que lo sustenta. El segundo enunciado no refuerza al primero, aunque parezca lo contrario. En nuestras permanentes disputas teológicas -desencadenadas por el supuesto encuentro de Fat con la divinidad– la estructura de dos proposiciones que se anulan mutuamente se expresaría así:

1) Dios no existe.

2) Además, es un estúpido.

[Un escrupuloso examen de las cínicas diatribas de Kevin revela de continuo esta estructura. David no dejaba de citar a C. S. Lewis; Kevin, en su celo por difamar a Dios, se contradecía a sí mismo desde el punto de vista lógico; Fat hacía oscuras referencias a informaciones que un rayo de luz rosa le había metido en la cabeza; Sherri, que había sufrido espantosamente, moqueaba piadosas mojigangas; yo cambiaba de posición de acuerdo con quién estuviera hablando en el momento. Ninguno de nosotros dominaba la situación, pero nos sobraba tiempo y podíamos perderlo de esta manera. Por entonces la época del consumo de drogas había concluido y todos empezaban a buscar una nueva obsesión. Gracias a Fat, para nosotros la nueva obsesión era la teología.

Según una vieja cita, preferida de Fat:

«¿Puedo yo concebir que el gran Jehová dormita
como Shemoss y otras deidades legendarias?
¡Oh, no! El cielo escuchó mis pensamientos
y los tuvo en cuenta.Así tiene que ser.»

A Fat no le agrada citar lo que sigue:

«Es esto que agobia mi cerebro
y me atraviesa el pecho con mil puñales
y así me precipita a la locura...»

Es parte de un aria de Händel. Fat y yo solíamos escuchar la versión grabada por Richard Lewis que yo tenía. *Más y aún más profundamente.*

En una oportunidad le dije a Fat que otra aria del mismo disco describía su estado mental a la perfección.

–¿Cuál de ellas? –preguntó precavido.

—*Eclipse total* –le contesté.

«Eclipse total sin sol ni luna,
todo es oscuro en el resplandor del día.
¡Oh, gloriosa luz que no me reanimas
alegrando mis ojos con las luces del alba!
¿Por qué así paralizar tu decreto primero?
¡Sol, luna y estrellas son para mí una sombra!»

A lo cual Fat respondió: –En mi caso lo contrario es verdad. Estoy iluminado por una luz sagrada que me fue disparada desde otro mundo. Veo lo que ningún otro hombre ve.

Eso sí que no podía negárselo.

De *Valis* (Minotauro) Se agradece la colaboración de la librería La Central (Barcelona): www.lacentral.com - informacio@lacentral.com

A algunas personas Dios las cura y a otras las mata. Fat niega que Dios mate a nadie. Fat afirma que Dios nunca hace daño a nadie.

idad. Y lo que la reemplaza son malas noticias, pues no sólo no se entienden; tampoco es posible comunicarlas a los demás. El loco experimenta algo, pero no sabe qué es o de dónde viene.

En medio de ese paisaje desolado, cuyo origen puede remontarse a la muerte de Gloria Knudson, Fat imaginó que Dios lo había curado. Una vez que se las conoce, las victorias pírricas aparecen a cada momento.

Me recuerda a una muchacha que estaba muriéndose de cáncer. Fui a verla al hospital y no la reconocí; sentada en la cama, parecía un hombrecito lampiño. La quimioterapia la había hinchado como una uva enorme. El cáncer y el tratamiento la habían dejado virtualmente ciega, casi sorda, padecía continuos ataques. Me incliné para preguntarle cómo se sentía, y ella me contestó, cuando pudo comprender mi pregunta: -Siento que Dios me está curando.

Tenía vocación religiosa y proyectaba entrar en alguna orden. Sobre la mesita de metal que había junto a su cama alguien le había dejado un rosario. En mi opinión un letrero que dijera JODETE DIOS habría sido más oportuno.

No obstante, para ser del todo justo, he de admitir que Dios –o alguien que se da a sí mismo el nombre de Dios, distinción meramente semántica– había disparado a la cabeza de Amacaballo Fat una preciosa información que le había ayudado a salvar a su hijo Christopher. A algunas personas Dios las cura y a otras las mata. Fat niega que Dios mate a nadie. Fat afirma que Dios nunca hace daño a nadie. La enfermedad, el dolor y el sufrimiento inmerecido tienen su origen en otra fuente, a lo cual yo contesto: ¿Cómo tu otro origen esa otra fuente? ¿Hay dos dioses? ¿O parte del universo queda fuera del dominio de Dios? Fat solía citar a Platón. De acuerdo con la cosmología platónica, el *noös* o la Mente persuade a *ananké* o necesidad ciega –o ciego azar, de acuerdo con algunos expertos– de que le conviene someterse. El *noös* iba andando cuando se encontró de repente conel ciego azar; el caos, en otras palabras, al que el *noös* impone orden (aunque en ninguna parte Platón nos explica cómo se lleva a cabo esta «persuasión»). De acuerdo con Amacaballo Fat, el cáncer de mi amiga consistía en un desorden que todavía no había sido persuadido. El *noös* o Dios aún no la había alcanzado, a lo cual respondí: –Bueno, pues cuando la alcance será demasiado tarde.

Fat no tuvo respuesta para eso, cuando menos, no en términos de refutación oral. Se alejó, esquivándome, y quizás escribió sobre el tema en el diario. Se quedaba garrapateándolo todas las noches hasta las cuatro de la mañana. Supongo que todos los secretos del universo se encontraban allí, en alguna parte, entre el ripio.

Disfrutábamos haciendo que Fat mordiera el anzuelo de las disputas teológicas; siempre se enfadaba, presumiendo que nuestras expresiones sobre el tema tenían importancia, que el tema en sí mismo tenía importancia. Lo vapuleábamos. Nos divertía abrir la discusión mediante algún comentario indiferente: –Hoy Dios me ha dado un billete para el peaje de la autopista.

O algo por el estilo. Caído en la trampa, Fat se lanzaba a la acción. Pasábamos el tiempo torturando a Fat sin malicia. Cuando nos íbamos de su casa, teníamos la satisfacción extra de saber que estaría anotándolo todo en el diario. En su diario, claro, el punto de vista de Fat siempre prevalecía.

No era necesario tentar a Fat mediante preguntas ociosas como «Si Dios puede hacer lo que se le ocurra, ¿podría abrir una zanja tan ancha que él mismo no sería capaz de saltarla?». Había otras muchas preguntas, sacadas de la vida real, para las que Fat no tenía respuesta. Nuestro amigo Kevin comenzaba siempre con la misma frase: –¿Y mi gato muerto? –preguntaba. Varios años atrás, Kevin había salido de paseo con su gato una tarde temprano. Había cometido la torpeza de no ponerle una traílla y el gato se había lanzado por la calle al encuentro de las ruedas de un automóvil. Cuando Kevin recogió los restos del animal, todavía vivía, exhalaba una espuma sanguinolenta y lo miraba aterrado. A Kevin le gustaba decir: –El Día del Juicio Final, cuando sea llamado a comparecer ante el gran juez, les diré: «Aguardad un momento» y entonces sacaré el gato muerto de debajo de mi chaqueta. «¿Cómo lo explicáis?», preguntaré.

Por entonces, solía decir Kevin, el gato estaría tan tieso como una sartén; sostendría al gato por el asa, o sea el rabo, y esperaría una respuesta satisfactoria.

Fat decía: –Ninguna respuesta te dejaría satisfecho.

–Ninguna respuesta que me dieras tú –decía Kevin con arrogancia–. Pues bien, de modo que Dios le salvó la vida a tu hijo. ¿Por qué no hizo que mi gato echara a correr cinco segundos más tarde? ¿*Tres* segundos más tarde? ¿Habría sido ésa demasiada molestia? Claro, supongo que un gato no interesa.

En una ocasión le señalé: –Sabes, Kevin, que podrías haberle puesto una traílla al gato.

–No –dijo Fat–. Tiene alguna razón. Es algo que me viene atormentando. Para Kevin el gato es un símbolo de todo lo que no entiende en el universo.

–Entiendo perfectamente –dijo Kevin con amargura–. Sencillamente creo que todo es una mierda. O Dios es impotente o estúpido o le importa un rábano. O las tres cosas juntas. Es malvado, tonto y débil. Creo que voy a comenzar mi propia exégesis.

–Pero a ti Dios no te habla –dije.

–¿Sabes quién le habla a Caballo? –preguntó Kevin–. ¿Quién le habla realmente a Caballo en medio de la noche? La gente del planeta Estupidez. Caballo, ¿qué nombre das a la sabiduría de Dios? ¿Santa qué?

–Hagia Sophia –dijo Caballo cauteloso.

Respondió Kevin: –¿Cómo dices, Hagia Estupidez? ¿Santa Estupidez?

–Hagia Moron –dijo Caballo. Siempre se defendía cediendo–. Moron es una palabra griega, como Hagia. La encontré cuando quise saber con exactitud la ortografía de oxímoron.

–Aunque el sufijo *on* es la terminación del género neutro –dije.

Esto puede darnos una idea de adónde iban a parar nuestras discusiones teológicas. Tres hombres mal informados y en total desacuerdo. A veces nos acompañaba David, nuestro amigo católico apostólico romano, y la joven que había estado muriéndose de cáncer, Sherri. Los tumores habían remitido y el hospital la había dado de alta. No oía ni veía muy bien, pero, por lo demás, parecía haberse recuperado.

Para Fat, claro está, esto era un argumento en favor de Dios y del amor curativo de Dios. David, y por supuesto la misma Sherri, compartían la idea de Fat: Kevin consideraba la remisión como un milagro de la terapia, de la quimioterapia y de la suerte. Además, nos confió, la remisión era sólo temporal. En cualquier momento Sherri podía volver a enfermarse. Kevin sugirió, tétrico, que la próxima vez que Sherri cayera enferma ya no habría más remisión. A veces teníamos la impresión de que lo deseaba, pues eso confirmaría su visión del universo.

El entero saco de trucos verbales de Kevin se fundaba sobre todo en la creencia de que el universo se componía de desdicha y hostilidad y que terminaría por atraparlo a uno. Consideraba el universo, como la mayor parte de la gente, una cuenta impagada; al final el pago será inevitable. El universo te deja suelto, te permite dar saltos y luego te ajusta las riendas. Kevin esperaba que esto comenzara a sucederle a él, a mí, a David y especialmente a Sherri. En cuanto a Amacaballo Fat, Kevin pensaba que no se había soltado en años, que se encontraba en el ciclo de las riendas ajustadas. No lo creía potencialmente condenado, sino condenado de hecho. Fat tenía el buen tino de no hablar de Gloria Knudson en presencia de Kevin. Si lo hubiera hecho, Kevin habría sumado la muerte de Gloria a la del gato. Diría que la sacaría de entre los pliegues de la chaqueta junto con el gato.

Como católico, David atribuía todo mal al libre albedrío del hombre. Esto solía molestarnos a todos, incluso a mí. En una ocasión le pregunté si el cáncer de Sherri era un caso de libre albedrío, sabiendo perfectamente que David estaba siempre al tanto de todas las novedades psicológicas y que cometería el error de decir que Sherri había deseado inconscientemente tener un cáncer, y que por tanto había anulado su sistema inmunológico, punto de vista que cundía en la psicología avanzada de ese entonces. Por supuesto, David cayó en la trampa y lo dijo.

–Entonces ¿por qué se curó? –le pregunté–. ¿Quería curarse inconscientemente?

David se quedó desconcertado. Si atribuía la enfermedad a la voluntad inconsciente de la muchacha, tenía que atribuir la remisión a causas mundanas y no sobrenaturales. Dios nada tenía que ver.

–Lo que C. S. Lewis diría... –comenzó David, lo cual de inmediato enojó a Fat. Se enojaba cuando David recurría a C. S. Lewis para fortalecer su pedestre ortodoxia.

–Quizá Sherri pudo con Dios –dije–. Dios la quería enferma y ella luchó por reestablecerse.

El argumento inevitable de David, por supuesto, habría sido que Sherri había enfermado neuróticamente de cáncer por encontrarse deprimida, pero que Dios había intervenido y la había salvado.

–No –dijo Fat–. Es todo lo contrario. Como cuando me curó a mí.

Por fortuna, Kevin no estaba presente. No consideraba que Fat se hubiera curado (ninguno de nosotros lo pensaba), y de cualquier manera, no era Dios quien lo había hecho. Esta es la especie de lógica que Freud ataca: la estructura de dos proposiciones que se anulan mutuamente. Freud consideraba que esta estructura escondía una racionalización. Se acusa a alguien de haber robado un caballo, y el presunto ladrón responde: «Yo no robo caballos y además el suyo es un caballo de mala muerte». Si se pone atención en este razonamiento, es posible llegar a percibir el proceso mental que lo sustenta. El segundo enunciado no refuerza al primero, aunque parezca lo contrario. En nuestras permanentes disputas teológicas -desencadenadas por el supuesto encuentro de Fat con la divinidad– la estructura de dos proposiciones que se anulan mutuamente se expresaría así:

1) Dios no existe.
2) Además, es un estúpido.

[Un escrupuloso examen de las cínicas diatribas de Kevin revela de continuo esta estructura. David no dejaba de citar a C. S. Lewis; Kevin, en su celo por difamar a Dios, se contradecía a sí mismo desde el punto de vista lógico; Fat hacía oscuras referencias a informaciones que un rayo de luz rosa le había metido en la cabeza; Sherri, que había sufrido espantosamente, moqueaba piadosas mojigangas; yo cambiaba de posición de acuerdo con quién estuviera hablando en el momento. Ninguno de nosotros dominaba la situación, pero nos sobraba tiempo y podíamos perderlo de esta manera. Por entonces la época del consumo de drogas había concluido y todos empezaban a buscar una nueva obsesión. Gracias a Fat, para nosotros la nueva obsesión era la teología.

Según una vieja cita, preferida de Fat:

«¿Puedo yo concebir que el gran Jehová dormita
como Shemoss y otras deidades legendarias?
¡Oh, no! El cielo escuchó mis pensamientos
y los tuvo en cuenta. Así tiene que ser.»

A Fat no le agrada citar lo que sigue:

«Es esto que agobia mi cerebro
y me atraviesa el pecho con mil puñales
y así me precipita a la locura...»

Es parte de un aria de Händel. Fat y yo solíamos escuchar la versión grabada por Richard Lewis que yo tenía. *Más y aún más profundamente.*

En una oportunidad le dije a Fat que otra aria del mismo disco describía su estado mental a la perfección.

–¿Cuál de ellas? –preguntó precavido.

—Eclipse total –le contesté.

«Eclipse total sin sol ni luna,
todo es oscuro en el resplandor del día.
¡Oh, gloriosa luz que no me reanimas
alegrando mis ojos con las luces del alba!
¿Por qué así paralizar tu decreto primero?
¡Sol, luna y estrellas son para mí una sombra!»

A lo cual Fat respondió: –En mi caso lo contrario es verdad. Estoy iluminado por una luz sagrada que me fue disparada desde otro mundo. Veo lo que ningún otro hombre ve.

Eso sí que no podía negárselo.

De *Valis* (Minotauro) Se agradece la colaboración de la librería La Central (Barcelona): www.lacentral.com - informacio@lacentral.com

apio verde tu yu

Son cinco tesoros para sus padres, de manera que el cumpleaños de cada uno de estos niños es algo para celebrar en serio. Deduzca a qué nene le corresponde cada estilo de animación.

1. En el esquema encontrará cuatro números 1, cuatro números 2 y cuatro números 3. Tenga en cuenta que: Entre las cuatro casillas con un 1, una y sólo una lleva un acierto. Entre las cuatro casillas con un 2, dos y sólo dos llevan un acierto. Entre las cuatro casillas con un 3, tres y sólo tres llevan un acierto.
2. Matías tiene 4 años y en su fiesta no hubo magos.
3. En "Abuela Margarita" festejaron el cumple de Nahuel.
4. El titiritero no trabaja en "El Duende".
5. "Ola Azul" agasajó a Ezequiel.
6. La fiesta animada con baile no es del que tiene 6 años.

		Niño					Animación					Edad				
		Damián	Ezequiel	Matías	Nahuel	Pablo	Baile	Mago	Payaso	Pelotero	Titiritero	4 años	5 años	6 años	7 años	8 años
Salón	"Abuela Margarita"						1					1				
	"Casa Encantada"															
	"El Duende"												3			
	"Juegolandia"									3						
	"Ola Azul"															
Edad	4 años															
	5 años						2		2		2					
	6 años															
	7 años							1								
	8 años															
Animación	Baile				1											
	Mago			3												
	Payaso					2										
	Pelotero															
	Titiritero	3														

HAPPY BIRTHDAY

S.O.S.

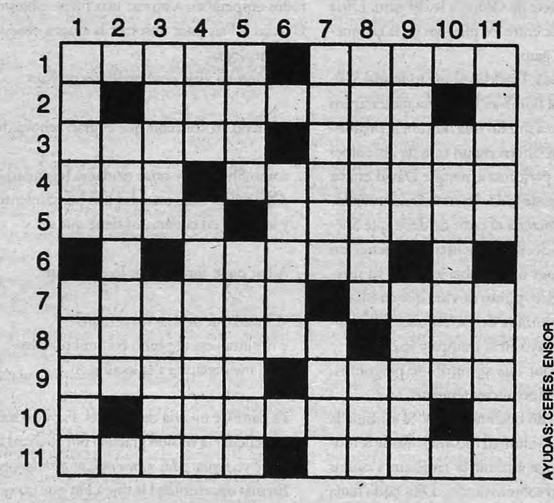
Salón	Niño	Animación	Edad
....	....	....	....
....	....	....	....
....	....	....	....
....	....	....	....
....	....	....	....

cruci-clip

Anote las palabras siguiendo las flechas.

EXIGIR CON AUTORIDAD
SONREÍR
PONGA EN MOVIMIENTO UN MECANISMO
GRUPO DE ROCK ESTADOUNIDENSE
REFUGIO, PROTECCIÓN
TORTA AMERICANA DE MAÍZ
ESTADO DE ASIA CUYA CAPITAL ES BAGDAD
DESLUCIR POR MALTRATO
TERCAS, IGNORANTES
FIGURA MITOLÓGICA DEL AMOR
SE DESPLAZARÁ POR EL AGUA
MOVIMIENTOS CONVULSIVOS
LEVANTEN LA BANDERA
LENTE DE AUMENTO
PARTE DEL OJO
PARTE INFERIOR DE UNA PUERTA
CHOCAD
DENUNCIAR
AGUARDIENTE DE UVA FRANCÉS MUY ESTIMADO
ASIENTO DE CEREMONIA
PARTE DE UN VEHÍCULO
HACER MAL DE OJO
(... HOMO) CRISTO
TODO LO QUE ES O EXISTE
HIJO DE ADÁN Y EVA
UNIDAD AGRARIA INGLESA
SEÑALO LA TARA DE UNA MERCANCÍA
CETÁCEO MUY VORAZ
ORGANISMO COMERCIAL INTERNACIONAL
ALARDE, PRESUNCIÓN
LABRAR LA TIERRA
MEZCLA METALES
DESCONFIANZA

crucigrama



HORIZONTALES

1. Arbol cuyo fruto es la pera./ Emitir su voz el carnero.
2. Garantizado.
3. Diosa de la agricultura./ Hagan sisas en las prendas de vestir.
4. Palabra que indica en cuántas partes se dividió una unidad./ Se aplica al animal cuya hembra pone huevos.
5. Expresión de alegría./ Acosamientos.
6. En Argentina, salsa para aderezar pastas (pl.).
7. Caravana para una cacería en la selva./ Marca de coche.
8. Plegaria./ Uno, en inglés.
9. Otorgan una beca./ (James) Pintor belga.
10. Mujer que monta a caballo.
11. Arbusto rosáceo./ Privado del sentido del oído.

VERTICALES

1. Faltar a la ley de Dios./ Tocar, manosear.
2. Eludiré.
3. Extraños./ Armas blancas.
4. Pájaro./ Región desértica de Chile, donde hay importantes yacimientos de salitre.
5. Desfallecido, cansado./ Urinario.
6. Desocupado.
7. En química, que tiene las características de las bases./ Nuevos.
8. Graso./ Nor-noroeste.
9. Piedras llanas y finas./ Servir de modelo a pintores o fotógrafos.
10. Que produce excitación sexual.
11. Mamíferos rumiantes de las regiones boreales./ Pesado y torpe.

soluciones

apio verde tu yu

"Abuela Margarita", Nahuel, mago, 7 años.
"Casa Encantada", Damián, titiritero, 6 años.
"El Duende", Pablo, payaso, 5 años.
"Juegolandia", Matías, pelotero, 4 años.
"Ola Azul", Ezequiel, baile, 8 años.

cruci-clip

I	R	A	K	■	A	J	A	R
N	E	C	I	A	S	■	R	■
T	I	C	S	■	I	C	E	N
I	R	I	S	■	L	U	P	A
M	■	O	■	T	O	P	A	D
A	■	N	■	■	■	I	■	A
R	U	E	D	A	■	D	■	R
■	M	■	E	■	C	O	S	A
A	B	E	L	■	O	■	I	■
O	R	C	A	■	G	A	T	T
J	A	C	T	A	N	C	I	A
A	L	E	A	■	A	R	A	R
R	■	■	R	E	C	E	L	O

crucigrama

P	E	R	A	L	■	B	A	L	A	R
E	■	A	V	A	L	A	D	O	■	E
C	E	R	E	S	■	S	I	S	E	N
A	V	O	■	O	V	I	P	A	R	O
R	I	S	A	■	A	C	O	S	O	S
■	T	■	T	U	C	O	S	■	G	■
S	A	F	A	R	I	■	O	P	E	L
O	R	A	C	I	O	N	■	O	N	E
B	E	C	A	N	■	E	N	S	O	R
A	■	A	M	A	Z	O	N	A	■	D
R	O	S	A	L	■	S	O	R	D	O